

he trasladado yo mil veces la imagen de mi adorada Clotilde.

—¿Es decir, que nunca ha venido a este estudio?

—Nunca.

—¿Pero sabe usted de su historia?

—Muy poco.

—¡Ah!, entonces tal vez me podrá usted decir lo que anhelo.

—Lo deseo ardientemente.

—¿No es hija única de una familia que vivió en la calle S...?

—Sí, señor.

—¿Que desapareció la noche víspera del día en que debió unirse al hombre que la amaba?

—Precisamente.

—¡Oh!, el cielo ha guiado mis pasos.

—Pero le veo a usted muy agitado, muy conmovido.

—Sí; ha sido un encuentro feliz que no me esperaba.

—¿Conoce usted acaso a la joven?

—No; pero fui amigo íntimo de su buen padre, que me dejó al morir el encargo de indagar su paradero, para que recibiese en herencia los cuantiosos bienes que tenía.

—¡Cielos! Usted es el ángel de la bienaventuranza, que Dios envía a los desgraciados para consolarlos.

—Y su amante, ¿nunca hizo nada para encontrarla?

—El infeliz no ha perdonado medio alguno; pero todo ha sido inútil. ¡Nadie sabe su paradero!

—Yo también la he buscado por dondequiera que he ido; provisto de un retrato en miniatura que me entregó su padre al expirar, y por el cual conocí éste al instante que fijé en él los ojos; a todo el mundo he preguntado por ella, y nadie ha sabido darme razón de la desgraciada joven. Pero yo la buscaré, la solicitaré si es preciso, por medio de los periódicos, ofreciendo una buena gratificación a la persona que revele dónde se halla, y acaso lograré cumplir con el deseo de mi difunto y leal amigo.

—¡Ah!, sí... Es imposible que Dios deje de premiar la virtud perseguida y la amistad benéfica.

—Así lo espero, don Leopoldo. ¡Tal vez la infeliz gemirá en la miseria, confundida entre la hez del pueblo, viviendo en un miserable cuarto húmedo y oscuro!

—Sería una desgracia.

—Pero yo me olvidé, al hablar de ella, de otra joven que espera a usted impaciente en este instante, y a la cual va usted a llevar la felicidad.

—Sí, sí, partamos; pero cuente usted siempre, don Manuel, conmigo, para buscar a la desventurada Adela, cuya suerte está usted encargado de mejorar.

—Acepto su proposición, y espero en la Justicia divina que logremos encontrarla.

Y don Manuel y Leopoldo, el primero, conmovido con el encuentro del retrato, y el segundo henchido de placer por la ventura que le esperaba, salieron de la casa, y se dirigieron hacia la de la hermosa Clotilde.

CAPITULO XII

Desahuciada

Don Emilio esperaba impaciente la llegada de Leopoldo. Veía morir a su idolatrada protegida de amor, y temía que expirase antes de que aquél llegase.

La joven estaba desahuciada, y todos creían que su existencia no se podría prolongar por muchos días.

Inés, inconsolable, triste y obsequiosa, se encontraba junto al lecho de la amorosa Clotilde, observando cuidadosa las menores alteraciones que se operaban en el rostro de la enferma, y procurando con sus palabras de consuelo neutralizar sus penas y retenerla en el mundo.

Don Emilio, sentado en el extremo de la alcoba de la paciente, y fijos los ojos en su pálido semblante, la contemplaba en silencio, con ese dolor reconcentrado que desgarró el corazón, con ese profundo sentimiento que se revela en la mirada triste y melancólica del que ve desaparecer cuanto ama sobre la tierra.

El cuarto estaba envuelto en una media luz, suave y apacible, producida por las flotantes cortinas de exquisita gasa que velaban, extendidas, las puertas vidrieras de la callada alcoba.

Clotilde, reclinada en unos blandos almohadones, pálida como la blanca flor, herida por los tenues rayos de la plateada luna, cubiertos sus redondos hombros y su turgente seno con un elegante y finísimo caracol de muselina blanca, cuyas anchas y transparentes mangas dejaban adivinar un brazo redondo y alabastrino, digno compañero de una mano más suave y cándida que el rayo de la aurora; recogido su abundante pelo en una redecilla negra de primorosa hechura, símbolo del dolor y de la tristeza de su alma; dejando ver en su frente virginal los dulces pensa-

mientos del ángel del pudor y de la inocencia; vagando en sus carmíneos labios, húmedos y suaves como las hojas de la flor del granado, una melancólica sonrisa, llena de expresión y de ternura; resbalando en su nevada y finísima tez, la blanda luz, que, dudando penetrar por las finísimas cortinas, iba a resbalar levemente sobre el desleído carmín de sus mejillas, sombreadas por las prolongadas y sedosas pestañas de sus celestiales ojos, que proyectaban una tenue y voluptuosa línea oscura; estrechando en su pequeña y torneada mano la no menos graciosa de la amorosa Inés, parecía la diosa de la Verdad, trazada por el pincel del inmortal Apeles, bella, modesta y retirada, guardando en su corazón todos los tesoros de la virtud y del amor.

Al poner la planta en el umbral de la primavera de la juventud, había aspirado el ardiente fuego del amor, con toda su fuerza, con toda su dulzura, con toda su vehemencia, con todo su irresistible atractivo; y ese amor, y ese fuego devorador, transmitido a su alma por el alma de un sér que cautivó su corazón con su celestial presencia, había venido a destruir su energía y su salud como destruye y consume la ardiente lava el profundo seno del volcán en que se encierra.

La vida de Clotilde se extinguía dulcemente, como se extingue la luz que ilumina el mundo, sin esfuerzo, lentamente, como se evapora el éter, como se eleva al viento el regalado aroma de las flores.

—¿Por qué está usted tan lejos de mí, padre mío? —dijo la joven con una voz más dulce y armoniosa que el canto de las aves—. ¿Teme usted acercarse a una moribunda?

—¡Morir tú! —dijo levantándose Landeta y acercándose conmovido y lloroso al lecho de la enferma y besando con sus ardientes labios la helada mano de la joven—. ¡No, hija mía! Es preciso que vivas..., que vivas para ser feliz y para que lo seamos también nosotros. ¿No te he dicho ya que he mandado llamar a Leopoldo..., al hombre que te adora con todo su corazón..., al que necesita de tu vida como los peces el agua...; al que realizará todos los ensueños miríficos de tu alma?

—¡Mis ensueños! ¡Mis ensueños han desaparecido, padre mío, desde que he llegado al umbral de la tumba! —exclamó tristemente Clotilde—. El tiempo ha consumido mi energía, y el fecundante sol se presentará en el Oriente a bañar las marchitas hojas de la abatida flor, cuando ésta carece de savia para volver a la vida.

—¡Oh! ¡No hables así, hija mía! ¿Quieres alejarte para

siempre de mi querida hermana Inés y de mí, que tanto te amamos?

Clotilde fijó sus hermosos ojos llenos de ternura, arrastados de lágrimas, en su bienhechora, le estrechó la mano que llevó contra su corazón, reclinó su rostro en su amoroso seno, y prorrumpió en ternísimos sollozos.

Inés se conmovió profundamente al comprender el sentimiento que embargaba el sensible corazón de la joven y mezcló su llanto con el suyo.

—¡Llora, hija mía, llora! —le dijo—. ¡Esas lágrimas desahogarán la pena que te oprime, y reanimarán tu existencia! ¡Tu dolor y tus sentimientos son justos!

—¡Ah!, sí: ¡saber que vamos a dejar el mundo, donde existe el sér que nos hizo vislumbrar un edén de inagotables delicias..., que vamos a morir sin haber saboreado los inefables goces del amor..., sin haber alcanzado la suprema dicha de vivir a su lado..., de escuchar a todas horas sus palabras, más dulces y amorosas que la miel que liban las abejas en las nacientes flores...; morir en la primavera de la vida, cuando sentimos circular por nuestras venas la sangre juvenil con todo su vigor, con toda su energía..., cuando la fecunda imaginación nos indica mil placeres desconocidos, y el mundo nos brinda los deleites inefables de una pasión correspondida...; morir dejando en el mundo a usted, tan tierna, tan amorosa, tan benévola conmigo..., viendo llorar a mi querido padre, sin poder consolarle en su amargura... ¡Ah! ¡Esto es morir dos veces..., con el alma y con el cuerpo...; con el espíritu y la materia...; con el pensamiento y el corazón!

Y la joven besó cariñosa la mano de don Emilio, que, lleno de lágrimas, estrechó la de la tierna Clotilde, con la efusión de la gratitud y del amor.

—¡No, hija mía! —dijo don Emilio con acento conmovido—. Aun te están reservados en la tierra días de gloria y de ventura... ¿No te he devuelto tus cuadros, como preludio de tu tranquilidad? ¿No tienes adornada esta alcoba como en los días de tu mayor contento? ¿No he mandado llamar a Leopoldo, para que su presencia reanime tu abatido espíritu, y sus palabras sean la savia que vigorice tu existencia? Sí, Clotilde; sí, hija mía idolatrada... Es preciso que vivas para que yo no viva con el remordimiento de haber sido causa involuntaria de tu muerte... Cometí un error dejándome arrastrar por las apariencias, y Dios no permitirá que tenga el dolor de verte morir, cuando trato

de reparar mi falta... Ya he suplicado a Duval que venga a verme, que tengo que hablarle, y dentro de pocos instantes le haré saber mi resolución de unirme al hombre que amas; al hijo de mi antiguo y leal amigo Cabrera... Pero yo creo que está allí; oigo su voz... Sí, es Duval. ¡Adiós, hija mía!, da entrada en tu corazón a la alegría, para que en los nuestros no reine el luto y la aflicción.

Y al concluir estas palabras, besó la mano de la enferma que le envió una mirada dulce de gratitud, y salió a ver a Duval que, en efecto, hacía un instante que había llegado, y le esperaba en la sala.

—¿Estás contenta ya, Clotilde? —exclamó la hermosa Inés, apretando entre sus manos las heladas de su protegida—. Ya ves que tu constancia ha triunfado, y que vas a ver realizadas tus esperanzas de ventura.

—¡Realizadas!—dijo Clotilde con desfallecida voz y moviendo lánguidamente la cabeza, indicando no participar de aquella esperanza.

—¿Y por qué no?

—Porque conozco que mi vida huye por instantes, y que es tarde ya el remedio para detenerla.

—¡Oh!, no: la vista, las palabras de Leopoldo, que no debe tardar en venir a este sitio, reanimará tu espíritu, y tu corazón verá desaparecer esa opresión, que hasta hoy ha sido el verdugo de tu vida.

—¡Dios lo quiera! Porque es cuando más que nunca quiero vivir..., ahora que ha desaparecido el obstáculo que se oponía a nuestro amor...; ahora que se me brinda con la felicidad de ser del hombre que era el bello ideal de mi existencia.

—Y vivirás, hija mía; sí, vivirás para ver realizados todos tus ensueños de ventura.

—Y aun cuando dicha tan suprema no alcance, al menos podré morir tranquila y contenta, teniendo a mi lado, en los últimos instantes de mi vida, a usted y al ser que comprenderá todo lo que le amo, todo lo que por él he padecido...

Y Clotilde besó la mano de su protectora, sobre la que fueron a rodar algunas lágrimas.

Inés la miró triste y amorosamente, y no pudo pronunciar palabra, porque el sentimiento había puesto un nudo en su garganta.

¿Qué pasaba entre tanto con Emilio y Duval?

CAPITULO XIII

Sed de venganza

No bien había salido el señor Landeta del cuarto de Clotilde, cuando se encontró con Duval, que acababa de entrar a la sala.

—¿Ocurre alguna novedad, querido amigo? —dijo el infame socio del doctor, alargando la mano a don Emilio—. He recibido el recado que usted me envió para que viniese, y no he querido detenerme un momento.

—Gracias.

—¿Pero ocurre alguna novedad?

—Sí, y de una importancia extrema para la salud de mi pobre protegida.

—¿Cómo! ¿Se encuentra ya mejor?

—No; pero la novedad consiste en que he meditado un medio que considero infalible para reanimar su vida. Es el único que puede hacerla permanecer en este mundo, que se encuentra próxima a abandonar.

—¿Pero cuál es ese medio?

—Es una medicina moral, que usted puede contribuir a proporcionármela.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—¿Cómo?

—¡Ay, amigo mío! Usted ha visto que he apurado todos los recursos indicados por los facultativos; que nada he omitido que pudiese contribuir al deseado enlace con usted; que he usado de las súplicas y aun del rigor para que arrojase de su corazón la memoria de un hombre cuyo apellido creía manchado con la infamia; pero todo ha sido inútil. La razón y la gratitud, combatiendo de continuo su naturaleza, han concluido por destruirla y aniquilarla... Sólo, pues, queda un remedio para salvarla; pero para aplicarlo, que es el motivo por el que me he tomado la libertad de suplicarle viniese a verme...

Duval comprendió que se trataba de hacerle desistir de su empeño en poseer a Clotilde, y aunque sintió encenderse en su corazón el fuego de la ira y del despecho, trató de dominar sus bastardos sentimientos; ocultó, bajo un exterior compasivo y amable, el enojo de que estaba poseído. Diestro en dar a su fisonomía el aire y gesticula-

ción que requería el papel que convenía desempeñar, dejó ver en su rostro la franqueza y la amistad más sinceras, mezcladas con un tinte de compasión evangélica y contestó con hipócrita acento:

—¿Ha podido usted dudar alguna vez, amigo mío, del empeño que tomo por su felicidad? El cielo es testigo de que en la alarmante enfermedad de la mujer que adoro, he padecido al par que usted..., que como usted hubiera dado la mitad de mi sangre por que recobrase su interesante salud, y de que estoy dispuesto a los mayores sacrificios, a cuanto juzgue usted necesario para conseguirlo. ¿Cuál es, pues, ese remedio eficaz que existe, y que para aplicarlo se desea contar con mi voluntad? Hable usted, que desde este instante lo otorgo.

—¡Ah! ¡me devuelve usted la alegría! —exclamó don Emilio, agradecido a la fingida generosidad de su interlocutor—. Temía que con mi petición se enfriase su amistad para conmigo; pero veo, con placer, que me he equivocado, y que es grande y verdadera, como yo lo deseo, como es la mía para con usted.

—Sólo anhelo que se presenten motivos para afirmarle a usted en esa opinión.

—¡Ah!, el de ahora es más que suficiente para estimar sus quilates.

—Hable usted, pues, sin titubear. ¿Qué desea usted que haga por la vida de la hermosa Clotilde?

—Respetar su capricho; dejar que se realicen los dorados sueños de su primer amor..., preferir su existencia a la felicidad de usted; en una palabra, renunciar al plazo puesto para su elección de esposo, permitiendo que se enlace con el joven que, como ella, padece y sufre.

En el semblante de Duval se operó un cambio completo.

Desde que empezó el diálogo, se había persuadido de que se trataba de que renunciase a la mano de la mujer codiciada; pero jamás creyó que se trataba de posponerle a su rival.

Esta circunstancia despertó su orgullo, y casi estuvo para prorrumpir en una exclamación de enojo; pero acostumbrado a dominarse, la ira retratada en su semblante fué instantánea como una exhalación, y la afabilidad y la abnegación volvieron a ocupar el lugar que habían abandonado momentáneamente.

—No he tenido más que un objeto en que cifraba mi felicidad en el mundo; que absorbía todos mis pensamientos, todas mis ideas. Mi vida se deslizaba en aras de la dulce

esperanza de aproximarse a ese caro objeto, de hacerme digno de él, de alcanzar su cariño a fuerza de mi constancia y de obediencia... Anhelaba ardientemente encontrar la oportunidad de poderle manifestar la intensa pasión que le consagraba aun a costa de mi felicidad, y estoy resuelto a no omitir sacrificio alguno, si este sacrificio puede conducir a que se realice la ventura de la mujer que adoro.

—Ese rasgo de abnegación le honra a usted sobremanera.

—Pero antes de renunciar a mis ilusiones, a mis ensueños de ventura, a cuanto bien aspiraba en la tierra, quiero que se digné usted contestar a una pregunta que deseo hacerle.

—¿Cuál?

—¿Cree usted que mi renuncia a la mano de la mujer que adoro, y la promesa que le haga usted de unirla con Leopoldo, le devolverán la salud apetecida?

—No lo sé; pero abrigo la esperanza de que sí.

—Yo siento no poder participar de esa lisonjera esperanza.

—Pero aun cuando a mí tampoco me halagase, ¿no debo tocar el último resorte que me queda para salvarla? ¿No la veríamos usted y yo desaparecer del mundo, sin lograr el fin que nos propusimos, puesto que está desahuciada de los facultativos?

—Sin embargo...

—Pues ¿qué podemos perder con hacer la prueba de concederle lo que su afligido corazón anhela? La muerte, contrariándola, es segura; veamos, pues, si complaciéndola se evita.

Este argumento era poderoso, y Duval, no sabiendo qué contestar, respondió con hipócrita abnegación:

—Repito que todo mi afán, todo mi deseo, es verla feliz aún a costa de mi ventura; y ya que ha llegado el momento de la prueba, prueba terrible que exige el sacrificio de mi tranquilidad, de mi soñada dicha, de mi porvenir y de mi pasión, yo le dejo en la libre elección de que obre conforme a los sentimientos de su alma.

—¡Ah! ¡generoso amigo!

—Sí; por mucho que me cueste el sacrificio no titubeo en consumarlo: su felicidad antes que la mía: sea del hombre que ha cautivado su corazón, si esto le vuelve la salud y la alegría... Sólo un recuerdo quiero para mí; un recuerdo de compasión cuando más dichosa se juzgue al lado del sér que, más afortunado que yo, consigue la inefable dicha de alcanzar su mano.

—¡Ah!, permítame que entre a comunicarle este rasgo

que le honra a usted y le enaltece a los ojos del mundo y de ella.

—Sí; dígale usted que renuncio a cuanto amo sobre la tierra, puesto que es preciso que yo sufra para que sea feliz; pero que este sufrimiento encierra en sí mismo mi mayor consuelo, porque él me hará recordar a todas horas, que he podido contribuir a la dicha del ángel más bello de la tierra.

—Sí; voy a hacerle saber ahora mismo ese rasgo sublime de abnegación con que le devuelve usted la vida, y a mí la tranquilidad.

Y don Emilio penetró en la alcoba de la enferma, satisfecho del resultado de su entrevista.

—¡La muerte es la que yo le decreto!—exclamó furioso Duval paseándose por la sala no bien se ausentó Landeta.

—Tiempo ha que debía haberse consumado—dijo presentándose en la pieza un hombre.

—¡Doctor! ¿usted aquí? No podía usted haber llegado a mejor tiempo.

—En efecto.

—¿Ha oído usted?

—Cuanto han hablado ustedes: iba a entrar cuando me detuve a escuchar el interesante diálogo.

—Ha llegado el momento de vengar los desaires que he sufrido de esa mujer a quien conocí por mi mal.

—La cosa es bien sencilla y no presenta compromiso alguno: aquí traigo un pomito que contiene un líquido admirable, del cual, vertiendo algunas gotas en la medicina que le he recetado, resultará la venganza apetecida.

—Es que yo quiero su muerte antes que verla en brazos de mi odioso rival.

—Ahora es cuando le veo a usted hablar razonablemente.

—Sí, anhelo su muerte.

—Es lo que debía usted haber resuelto hace mucho tiempo.

—Lo conozco.

—Así estaríamos ya libres de toda inquietud, disfrutando en Europa de las riquezas adquiridas, y que aquí nos encontramos siempre con el sobresalto de perderlas, y lo que es peor, de ser ahorcados.

—Sí, es verdad: cada día, en vez de disminuirse los temores, van en aumento. La muerte cometida en el Molino de Flores, ningún resultado ventajoso nos produjo: antes, por el contrario, puede descubrirse, y servir de una acusación más.

—Sí; fué un asesinato estéril, y cada día estamos expuestos a ser acusados.

—Pero es preciso que Clotilde sucumba; necesito saber que no existe, para abandonar sin sentimiento este país.

—Ese es el resultado que proporcionan estas gotas; lento para no inspirar sospechas, pero seguro.

—Entonces a administrarla antes que la compasión vuelva a despertar un influjo en mi pecho. Clotilde era el único objeto que me detenía en este país; muera, pues, ya que me aborrece, y marchemos a Europa a disfrutar los ahorros de nuestra industria y trabajo.

El doctor apretó la mano a Duval y penetró al cuarto de la enferma.

El seductor de la hija del barón, saboreando la venganza próxima, dirigió una mirada de odio hacia el cuarto de la enferma, dejó asomar a sus labios la sonrisa de los réprobos, y saliendo a la calle despechado y lleno de ira, dijo interiormente dirigiéndose hacia su casa para esperar el resultado de la medicina del doctor:

—¡Han llamado a mi odioso rival para hacerle comprender su felicidad y mi derrota; pero en vez de la mujer que adora Leopoldo, sólo encontrará un cadáver!; ¡sí, un cadáver...! ¡Yo encontraré en la bulliciosa Europa los placeres que proporciona el oro, y seré más feliz que lo hubiera sido uniéndome a Clotilde! Pero es preciso que nuestra partida sea pronto: Willey dice muy bien; cada día, en vez de disminuir el número de los que puedan delatarnos, se aumenta; la muerte ejecutada en el Molino de Flores, no ha venido más que a aumentar la lista de nuestros crímenes, pero sin resultado favorable... Ese asesinato sólo nos ha traído mayores complicaciones y ningún remedio... ¡Oh!, sí; es preciso huir a Europa, para no vivir temiendo a cada instante la vara de la justicia... Sí; es preciso agitar el arreglo de todos mis negocios para salir cuanto antes de este país, donde todo se conjura contra mí.

Y Duval apretó el paso, engolfado en sus pensamientos de fuga y de venganza.

El temor y el deseo de ponerse lejos de la justicia, sucedieron en él al amor y a la confianza.

El, lo mismo que el doctor, consideraban el asesinato perpetrado en el Molino de Flores, como un nuevo crimen, que sólo había servido para dar lugar a nuevas acusaciones.

¿Por qué?

En el capítulo siguiente explicaremos al lector los motivos que tenían para pensar de aquella manera.

Pero para dárselos a conocer, suplicamos retroceda con nosotros, por un momento, al día siguiente en que tuvo lugar el asesinato en el Molino.

CAPITULO XIV

Una celada

Son las cinco de la tarde del siguiente día al que tuvieron lugar los sucesos ocurridos en el Molino de Flores.

El cielo estaba triste y nebuloso.

Un aire húmedo y frío se dejaba sentir en las calles de Texcoco, que obligaba a los transeuntes a embozarse en sus frazadas o en sus capas.

Nunca febrero se ha manifestado tan riguroso y glacial en las bellas regiones del Anáhuac, como se presentó ese día en que nos encuentran los acontecimientos de que vamos a ocuparnos en este capítulo.

Parecía que el crudo invierno de las heladas regiones del Norte de Europa, había pasado a situarse en aquella parte de la América, para hacer más palpitante el favor que la Providencia ha dispensado a México, concediéndole un clima siempre igual, benigno y grato.

El sol, velado por pardas y ligeras nubes, se alejaba suavemente, enviando un rayo de tibia luz que alumbraba débil y tristemente la tierra.

Las vidrieras de los balcones, y las ventanas de las casas de Texcoco, estaban cerradas.

Los habitantes de la ciudad, encerrados en sus habitaciones, se ponían al abrigo de aquel molesto cambio de temperatura.

Uno que otro de esos hombres a quienes nada basta a detenerlos en su casa a ciertas horas, porque necesita la sociedad de los amigos, cruzaba aprisa la calle, tapado hasta los ojos, y entraba en alguna tienda en que tenía su tertulia, exclamando al entrar y dando fuertemente en el suelo con los pies para calentarlos: «¡Cáspita, qué frío hace!».

Las calles, pues, a excepción de esas pocas personas y de aquéllas a quienes la necesidad les obliga a salir de su casa, estaban desiertas.

El frío era cada vez más intenso.

En aquellos momentos, un hombre, envuelto en su capa y embozado hasta los ojos, salía a pie de la ciudad, y se dirigía hacia el campo sin que nadie le acompañase.

Una tarde tan cruda como la que estaba haciendo, cuando todos se ponían al abrigo del frío, y en los instantes en que éste era más terrible, extraño hubiera parecido a cualquiera ver salir a un hombre precisamente por la parte más desierta, y encaminarse a despoblado.

Pero nadie se hallaba por aquel rumbo, y nuestro embozado, ni aun siquiera fué visto por los infelices indios que habitan en los suburbios de la población, que habían cerrado las débiles puertas de sus miserables barracas de negro adobe, para ponerse al abrigo del aire húmedo y cortante que reinaba.

El hombre que hasta entonces había caminado lentamente, al verse fuera de las puertas de la ciudad, apretó el paso.

¿Era que en las calles le obligaba la fina educación a no marchar velozmente, y que salía al campo para hacer ejercicio con libertad?

Tal vez.

Pero ¿por qué vuelve la cara de vez en cuando hacia la ciudad, como recelando que alguien le siga?

¿Teme aún a los curiosos que puedan criticarle?

Pero ya no vuelve el rostro hacia atrás.

Por el contrario; ahora dirige la vista hacia la campiña, y la pasea observando atentamente, pero sin detenerse en su marcha.

De repente, separándose del camino, tomó a un lado, y se dirigió por una senda frecuentada únicamente por los campesinos.

Allí hizo alto por un instante, bajó un poco el embozo, y pareció buscar algún objeto.

La señal de satisfacción que se marcó en su semblante, indicó que lo había encontrado.

Entonces volvió a emprender su marcha inclinándose un poco a la izquierda.

Ninguno transitaba por el rumbo que llevaba, ni por parte alguna de las que alcanzaba la vista.

El campo estaba solitario, y ni un pastor siquiera se llegaba a descubrir en la vasta campiña, que se extendía como una alfombra bordada de esmeraldas.

El frío iba aumentando a medida que el sol se iba alejando lentamente, y únicamente el embozado que se encontraba solo en medio de aquella soledad, parecía desafiarse.